

EX
OR
DIO

- [1] GONZALO BEDIA
Impresor
- [2] JOSÉ HIERRO
Poeta
- [3] DANIEL GIL
Diseñador gráfico
- [4] AURELIO GARCÍA CANTALAPIEDRA
Editor
- [5] ATENEO POPULAR DE SANTANDER
- [6] RICARDO GULLÓN
Crítico
- [7] EULALIO FERRER ANDRÉS
Articulista coral

EX
OR
DIO [7]



[7]

Eulalio Ferrer Andrés y las masas corales de su tiempo

Edición, introducción y notas de J. R. SAIZ VIADERO

EL fallecimiento de Eulalio Ferrer Rodríguez (Santander, 1920-México D. F., 2009) y la posterior publicación de un conjunto de trabajos periodísticos suyos procedentes de su juvenil etapa santanderina de antes y durante la guerra civil¹ me han estimulado a proceder a la recuperación de una serie de artículos publicados por su padre con un poco de anterioridad y que tienen como denominador común su interés por la música coral, actividad hacia la cual se entregó con todo su entusiasmo durante gran parte de su vida. Dichos artículos los había localizado hace ya muchos años en las páginas del diario *La Voz de Cantabria* y, consciente de la alegría que su lectura pudiera ocasionar a su hijo, me decidí a hacer una edición privada con su contenido consistente en la tirada de un único ejemplar, que envié a México a comienzos de la década de los años 90.

Mucho le agradó a Ferrer hijo tener la ocasión de acceder a la lectura de los trabajos firmados por su padre, pese a considerar que no eran los más interesantes entre todos los publicados con su firma, puesto que se trataba de una mera recopilación de anécdotas rememorativas de su paso por el Orfeón Cultura durante la segunda década del siglo XX. Pero debido a la importancia sentimental que para la familia guardaban, se dispuso a hacer sendas copias de la edición, las cuales hizo llegar a sus dos hermanas Estrella y Rosita, ellas también residentes en México desde que casi al comienzo del exilio llegaron a América con el resto de la familia Ferrer-Rodríguez.

Pensando, sobre todo, en la aportación que pueden proporcionar a la pequeña historia local, considero que ningún otro lugar mejor que el que ofrece esta colección

¹ Vid. J. R. Saiz Viadero: *El novio de las linotipias*, Asociación de la Prensa de Cantabria, Santander, enero de 2011.

de publicaciones auspiciada por Fernando de Vierna, para albergar la recuperación de tales trabajos, a los cuales he añadido otro anterior publicado en el mismo periódico y dos más posteriores pertenecientes a su etapa laboral en *La Región*, en los que el mismo autor también trata el tema de las masas corales cántabras, y cuya lectura nos sirve para facilitarnos una breve semblanza de lo que en los tiempos anteriores a la guerra civil supusieron la presencia de los numerosos orfeones, así como su efecto dinamizador en la vida cultural provinciana, especialmente entre la clase trabajadora a la que pertenecía su autor desde su condición laboral de tipógrafo y también como activista sindical.

Bajo el título de «Recuerdos orfeónicos» fueron publicados por Eulalio Ferrer Andrés (Arévalo/Ávila, 1889-Cuernavaca/México, 1964) en el año 1930,² como ya se ha dicho, en las páginas del diario santanderino *La Voz de Cantabria* (1927-1937), en cuyos talleres él trabajaba, un periódico que entonces estaba dirigido por el periodista y poeta José del Río Sainz (1884-1964), quien precisamente en aquellos años hizo muy popular su seudónimo sajón de «Pick».

Cuando Ferrer se decidió a dar a la rotativa para la que prestaba sus servicios estos recuerdos de otros tiempos corales, su nombre aparecía frecuentemente en las reseñas de las asambleas y congresos de la Asociación «La Gráfica», sindicato que agrupaba a gran parte de los trabajadores de las artes gráficas, con un declarado matiz socialista y del cual era su presidente. Ya en algunas de sus colaboraciones periodísticas anteriores, este tipógrafo de profesión había dejado sentir su destacada sensibilidad social, sin hasta entonces contribuir —quizá debido a su natural modestia, claramente reflejada en el tono de estos recuerdos— en las polémicas que los cuatro diarios santanderinos (a veces cinco, y que, en un momento determinado, sumaron hasta seis) mantenían en sus columnas con el siempre denodado y comercial objetivo de atraer la atención de los posibles lectores.

Efectivamente, en aquellas fechas, cuando la dictadura de Primo de Rivera había dejado paso a un gobierno de transición que estaba intentando llegar a una solución contemporizadora con el deseo cada vez más generalizado de regreso a la normalidad constitucional —muy próximos ya los días dramáticos de la sublevación de diciembre de 1930, registrados en la localidad aragonesa de Jaca pero que también tuvieron un amplio eco en Santander y cuyas consecuencias llevaron a la cárcel a varios líderes locales de opinión—, ya no existía el decano de la prensa montañesa, el ruanista *La*

² *La Voz de Cantabria*, Santander, 23 de septiembre (I), 30 de septiembre (II), 8 de octubre (III), 21 de octubre (IV), 28 de octubre (V), 4 de noviembre (VI) y 11 de noviembre de 1930 (VII).

Atalaya (1893-1927), en cuya última etapa también se mantuvo al frente de la dirección el citado José del Río Sainz, ni tampoco se encontraba el maurista *El Pueblo Cántabro* (1914-1927), dirigido por Antonio Morillas.

Fallecido Antonio Maura en el mes de diciembre de 1925, casi a la par que Pablo Iglesias, carecía de sentido mantener dos órganos informativos que hasta entonces habían pugnado por defender las dos corrientes absurdamente más enfrentadas dentro del panorama conservador local. Ambas empresas alcanzaron entonces el acuerdo de autodisolverse y, como fruto de su desaparición, nació a los pocos meses *La Voz de Cantabria*, que había de contender con la derecha más montaraz (*El Diario Montañés*, 1902), con el centro acomodaticio en aquel momento (*El Cantábrico*, 1895-1937, dirigido por José Segura) y con la izquierda cada vez más beligerante (*La Región*, 1924-1937, dirigido por Epifanio Buján), una vez desaparecido el breve experimento de *El Faro* (1926-1928), fundado y dirigido por el periodista Víctor de la Serna Espina para defender los intereses de la Unión Patriótica, brazo político del dictador Miguel Primo de Rivera.

Los periódicos contaban, pues, con muchas páginas dispuestas para recibir cualquier colaboración y una forma de rellenarlas consistía en estimular la creación literaria (superada ya la época de entretenimiento poético que caracterizó al periodismo de entre siglos) y también el ejercicio de la memoria y la rememoración. De esto último participan los seis artículos escritos y publicados por Eulalio Ferrer bajo el enunciado de «Recuerdos Orfeónicos», trayendo a colación una actividad coralista de mediana importancia y de menor interés musical que el social y humano subyacente, como él mismo confiesa encargándose de resaltarlo, pero que tuvo entre sus otros atractivos el de ser punto de arranque artístico de la carrera de varias personas que luego desarrollaron sus méritos en diferentes facetas, alguna de ellas la cinematográfica, como es el caso del actor y más tarde director de cine José Buchs Echeandía (1893-1973), quien había comenzado su actividad en una oscura y provinciana Academia de Música y Declamación, siguiendo la tradición artística familiar.

Quizá, sin pretenderlo, con estos recuerdos impresos de Eulalio Ferrer Andrés se marcaría la pauta para trabajos similares, puesto que a comienzos de 1932 Matilde de la Torre publicaría un serial sobre el viaje a Londres de su masa coral cabezonense «Voces Cántabras»,³ y en 1934 el propio José del Río Sainz dedicaría varios capítulos de sus

³ En *La Voz de Cantabria*, enero de 1932, publicadas post mortem en el libro de Matilde de la Torre *La Montaña en Inglaterra*, edición, recopilación y presentación de J. R. Saiz Viadero, Puntal Libros, Santander, 1979.

extensas «Memorias de un periodista provinciano»⁴ a las aventuras orfeónicas de entre siglos XIX y XX. Ambas aportaciones serían dadas a conocer, de igual manera, en *La Voz de Cantabria*, pero cuando ya Guillermo Arnáiz de Paz había sustituido a «Pick» en la dirección del rotativo definido por su ideología conservadora. Más adelante, el propio Ferrer colaboraría con frecuencia en las páginas de *La Región*, periódico propiedad ya de Luciano Malumbres en cuyos talleres había pasado a trabajar y, entre otros temas, se dedicaría a reflejar en el mismo las andanzas de la todavía joven Coral de Santander.

Las modestas y afanosas masas corales de Cantabria (a finales del siglo XIX embriones de lo que luego llegarán a ser, diversas y conflictivas durante la primera parte del siglo XX), tendrían así, gracias a los citados cronistas, un lugar impreso en la pequeña historia de su tierra. El año 1930, concretamente, resultó muy movido a efectos de actuaciones de las diferentes masas corales que existían en casi toda la provincia y, sobre todo, en la ciudad de Santander. Incluso habíanse publicado algunos artículos acerca de los apoyos oficiales, no exentos algunos de ellos de cierta polvareda polémica nacida de la competencia existente. Los artículos publicados por E. Ferrer pudieron tener un precedente en una semblanza hecha por Secundino Molino Setién, presidente de la coral del Valle de Camargo.⁵

* * *

Eulalio Ferrer Andrés había llegado a Santander con solamente seis años de edad, casi al mismo tiempo que arribara la familia del que después sería conocido poeta y exiliado también mexicano León Felipe. Nacido en la villa de Arévalo, de la provincia de Ávila, su primer domicilio santanderino radicó en la calle Concordia (actual Cisneros) para, una vez contraído matrimonio, pasar a habitar un bajo en el número 12 de la cercana calle Florida, en el centro de lo que los intelectuales de comienzos de siglo habían denominado como «nuestro Barrio Latino», debido no sólo a la presencia de la Biblioteca Menéndez Pelayo y el Museo Municipal de Pintura, sino a que en sus alrededores residieron gran número de escritores y poetas. Y también de periodistas y otras gentes pertenecientes al ramo de la impresión.

⁴ Publicadas en *La Voz de Cantabria* a partir de 1933 y editadas en formato de libro la primera parte de las mismas. Vid. José del Río Sainz: *Memorias de un periodista provinciano I.-La infancia*. Edición, recopilación y presentación de José del Río Sainz, Ediciones Tantín, Santander, 1984.

⁵ «De la vida orfeónica. Semblanzas», en *La Voz de Cantabria*, Santander, 11 de junio de 1930, p. última.

Casado con Estrella Rodríguez Rodríguez, nacida en Castro Urdiales diez años más tarde que lo hiciera su marido, los avatares de la guerra civil produjeron el éxodo y la emigración de esta familia, al igual que sucedió con tantas otras de ese mismo barrio de La Florida, falleciendo finalmente en México sin haber regresado a la España de la dictadura franquista. Su hijo mayor, Eulalio también de nombre, fue el continuador de las aficiones periodísticas paternas, así como heredero de su amor por los libros y la escritura. Junto a su madre, sus hermanas y otra parte de la familia viajarían a España esporádicamente a partir del fallecimiento del padre.

Conocidos son los coqueteos teatrales durante la infancia de Eulalio Ferrer hijo,⁶ pero hasta la fecha nada nos hace suponer cualquier influencia paterna en el cultivo de unas hipotéticas veleidades canoras que no fueran más allá de las desprendidas de su entusiasmo por las facultades de los demás y, sobre todo, concretadas en esa su heredada afición por el folclore regional de Cantabria, a la que es preciso añadir su gran interés por la música popular mexicana, conocida, cultivada y hasta promocionada durante su dilatada experiencia de exiliado republicano español.

⁶ Vid. J. R. Saiz Viadero: «Rastros cervantinos en el joven Eulalio Ferrer Rodríguez», en VV. AA.: *XX Coloquio Cervantino Internacional. Homenaje a Don Eulalio Ferrer*, Gobierno del Estado de Guanajuato, Guanajuato, 2010, pp. 45-74.

*Los concurso de orfeones. Votamos a favor de la idea*¹

EULALIO FERRER ANDRÉS

CON gran satisfacción hemos leído el acuerdo adoptado en junta general por la Coral de Santander de conceder a su Directiva un amplio voto de confianza, a fin de que estudie y vea si es factible concurrencia de esta meritoria agrupación musical al Concurso de orfeones que se celebrará en Valladolid en el presente mes de septiembre con motivo de sus renombradas ferias y fiestas. En este torneo artístico solamente podrán participar las entidades corales de las once provincias que constituyen los antiguos Reinos de Castilla y León.

Existe un núcleo bastante numeroso de personas refractarias de esta participación de la Coral en el Concurso citado. Desde luego, reconocemos que algunos de los razonamientos en que se apoyan y justifican este retraimiento están basados en hechos cuya existencia somos los primeros en reconocer. No se nos oculta tampoco, dadas las especiales características de este Certamen, el posible riesgo que pueden correr agrupaciones de méritos indiscutibles, de verse eliminadas por otras cuyo nivel artístico, en el orden general, sean más inferiores.

Aunque exista ese riesgo, repetimos, y a no ser que la adversidad intervenga como principal factor, es muy improbable que así se desarrollen las cosas. Naturalmente que cuando una de estas entidades se ve derrotada por otra de su mismo prestigio artístico, el caso es perfectamente normal y a nadie, por lo tanto, sorprende. También pueden concurrir, puestos a pensar en hipótesis, otras circunstancias que determinen este fracaso, tales como la incompetencia, la parcialidad o la mala fe del Jurado. Pero salvadas estas suposiciones, tenemos el firme convencimiento de que siempre vencerán aquellas entidades cuya superación de conjunto e interpretación fiel de las obras se pongan más reciamente de manifiesto.

¹ Publicado en *La Voz de Cantabria*, Santander, 2 de septiembre de 1930, p. 6.

Nosotros, aun reconociendo los inconvenientes y posibles contingencias a que están sujetas estas pugnas artísticas, cuyas consecuencias pueden acarrear una fuerte decadencia, y a veces hasta la desaparición de las Sociedades que corran este riesgo, abogamos con todo entusiasmo porque el acuerdo tomado en principio por la Coral santanderina se convierta en realidad.

* * *

Pasemos a exponer ahora las compensaciones que estos concursos reportan cuando los hechos se desarrollan dentro de la lógica y de la justicia. Una masa coral no debe circunscribir su vida artística a los estrechos límites del localismo, aunque sus méritos sean de una realidad indiscutible, sino que éstos necesitan, a juicio nuestro, el refrendo de un público extraño, desprovisto de todo sentimiento regional o partidista, para su consagración definitiva. A la incompreensión de las gentes, inconveniente con que tienen que luchar las entidades que cultivan la música en su aspecto técnico, hay que darlas el hecho real de su calidad, contrastada por un público ajeno a su tierra. De esta manera quedaría sin efecto el argumento en que suele escudarse toda opinión negativa. Es decir, a la vista de este reconocimiento imparcial de méritos, los enemigos se convertirán en partidarios, nutriendo las listas de socios activos y protectores, finalidad a que deben tender los dirigentes de estas agrupaciones artísticas. Aparte de todo esto, cuando el triunfo es otorgado al mejor actuante, la región eleva su prestigio en este orden: el regionalismo, al intensificar su radio afectivo, engrandece más y más su ideal, y repercute este estímulo, como decimos, en la preponderancia artística y económica de la Sociedad triunfadora.

* * *

Vamos a terminar este artículo haciendo alusión a un detalle de observación que hemos apreciado en cuantos Concursos de orfeones hemos sido espectadores, el cual viene a corroborar nuestro criterio de que siempre vencerá la masa coral cuyos méritos artísticos sean más positivos y que pone de relieve, por lo tanto, los infundados prejuicios de quienes estiman que esta participación de la Coral de Santander en el Certamen de Valladolid es contraproducente. Este detalle es el siguiente: El público que asiste a estas pugnas orfeónicas, al darse cuenta de la depuración con que canta la agrupación que tiene ante su vista, movido instintivamente por un sentimiento de solidaridad espontánea, levanta un murmullo de aprobación que, indudablemente, predispone al Jurado a un fallo cuya pauta le ha marcado el otro tribunal —el público—, quizás menos rígido y competente que el primero, pero excelente catador, sin embargo, de los finos manjares y poseedor casi siempre de una intuición artística innegable.

Recuerdos orfeónicos

EULALIO FERRER ANDRÉS

I

A HORA, con motivo de la celebración en Valladolid de un Certamen de masas corales, viene a nuestra memoria el recuerdo gratísimo de unos días en que fuimos actores episódicos de hechos cuya narración vamos a describir someramente, a fin de no fatigar la atención del lector y evitarle en lo posible el riesgo del bostezo.

Allá por el año 1917, con ocasión precisamente de las fiestas de San Mateo, y formando parte de una modestísima agrupación artística denominada Orfeón Cultura, participamos en uno de estos torneos corales que a la sazón tuvo lugar en Oviedo.

Los componentes de aquella querida e inolvidable Sociedad, de vuelos musicales muy limitados, lo reconocemos hoy más que entonces, pero verdadera comunidad de fraternal camaradería y cantera de donde se extrajeron más tarde excelentes cantores, éramos muchachos del pueblo en posesión del más fervoroso amor regional y dotados de un caudaloso optimismo.² Nada, pues, tiene de extraño que, a la vista de tan altas cualidades morales, acudiésemos a la capital de Asturias dispuestos a conquistar el supremo galardón que se disputaba para ofrecérselo orgullosos a nuestra amada «tierruca».

² El Orfeón Cultura fue creado en Santander en la primavera de 1913. En sus inicios se denominó Grupo Coral Cultura y nació al amparo del primer Ateneo Popular, contando también con un elenco teatral, además de los coralistas. Llegó a tener alrededor de 90 componentes. Una vez separado del Ateneo Popular y buscando el lugar de ensayos en la Academia Municipal de Música, conoció un continuo cambio de directores. En septiembre de 1917 el Orfeón participó, bajo la dirección del maestro Rafael Hornero, en las fiestas de San Mateo, de Oviedo, interpretando, entre otras, la composición de obligada programación «Fiestas helénicas», de Rillé, y la obra de libre elección «Primavera», con la cual obtuvieron un segundo premio. Su vida musical fue apagándose y acabó desapareciendo, pero algunos de sus componentes participaron en el otoño de 1922 en la creación de la Coral de Santander.

La obra obligada se titulaba «Fiestas helénicas», de Rillé, composición musical erizada de serias complicaciones técnicas, máxime para nosotros, desconocedores casi todos del más elemental principio de solfeo. Por lo tanto, hubimos de aprenderla a oído y vencer sus escollos con una perseverancia verdaderamente abnegada. ¡Cuánto hubo de pelear el veterano profesor don Rafael Hornero, director de la agrupación que nos ocupa, hasta conseguir que dominásemos aquella obra! ¡Cómo recordamos, también, los últimos ensayos! Tenían lugar éstos en las inmediaciones de los Arenales, al aire libre y por las noches, pasadas ya las once. Aún parece que escuchamos la voz del maestro Hornero recomendándonos un perfecto matiz en aquel endiablado pasaje que empezaba: «Es la hora misteriosa...», cuyos ingratos semitonos tanto trabajo nos costó vencer.

* * *

Llegó por fin el día de nuestra partida a Oviedo. Al frente de la expedición iba el notable escritor don José Barrio y Bravo,³ cuyas frases finales de su alocución encerraban un himno bélico. La nueva inyección optimista nos hizo acariciar nuevamente el triunfo. Y con esta impresión esperanzadora nos encaminamos en dirección a la plaza de toros, lugar designado al efecto para la celebración de la memorable pugna.

Si la memoria no nos es infiel, los orfeones participantes éramos siete. Nosotros, según previo sorteo, actuamos en cuarto lugar. La obra empezó cantándose perfectamente conjuntada. El solo de barítono, a cargo del notable aficionado Paulino Buchs,⁴ fue una maravilla de ejecución, levantando un murmullo unánime de elogio. Seguían, pues, «Fiestas helénicas» su curso normal. De pronto, quedamos todos suspensos y desorientados. En un acorde sencillo que nunca tuvimos el menor tropiezo, las voces desgarraron, se desarticulaban las cuerdas y la armonía quedó rota un instante. Nuestros queridos amigos Federico Muñiz y Tomás Venero, barítono y bajo, respectivamente, fueron los únicos que conservaron la tonalidad, siendo ellos los encargados de encauzar al coro y restablecer el ritmo perdido. Pero ya era tarde; habíamos incurrido en un defecto de mucho bulto, que nos alejaba, como es consiguiente, de aquel soñado galardón que nuestra fantasía creyó lograr con relativa facilidad.

En la obra de libre elección, «Primavera», estuvimos más afortunados, logrando alcanzar el segundo premio, consistente en un busto, con la efigie en bronce, del inmortal Wagner.

* * *

³ Este periodista y escritor fue durante algún tiempo cronista de espectáculos en el diario santanderino *El Cantábrico*.

⁴ El barítono Paulino Buchs Echeandía nació hacia 1892 y era hermano del director cinematográfico José Buchs. Intervino en 1914 en las representaciones que promovía la Academia de Música y Declamación, y más tarde participó también en las giras artísticas realizadas por los componentes del Orfeón Cultura. Falleció en Santander el 12 de febrero de 1958.

El haber logrado el modesto trofeo a que hacemos referencia, fue la causa del comienzo de nuestra memorable odisea. Los organizadores del festival consignaban en las bases del concurso que los orfeones premiados venían en la obligación, al día siguiente del certamen, de actuar en el Teatro Campoamor desinteresadamente. Por lo tanto, hubimos de retrasar un día el regreso a Santander.

Consultado el tesorero de la Sociedad, nuestro antiguo y querido amigo Pedro Campo, sobre las disponibilidades en metálico con que se contaban, dijo éste que el presupuesto de gastos había sido totalmente agotado. Ante este terrible problema, emprendimos nuestro regreso inmediatamente. Pero la situación vino a empeorarse, debido a una nueva complicación surgida. A causa de no haber alcanzado la combinación de trenes, nos vimos obligados a pernoctar aquella noche en Llanes. Como no teníamos ni un céntimo en caja, hubo de improvisarse una velada en la hospitalaria villa llanisca. Y fue aquí donde se pusieron de manifiesto las envidiables dotes organizadoras de nuestros amigos Ramón Muñiz y Pepe Pedraja. En un abrir y cerrar de ojos planearon el festival y pusieron en movimiento a todo aquel simpático vecindario, que llenó por completo el teatrillo donde la fiesta tuvo lugar. De esta manera pudimos resolver el pavoroso problema de cenar aquella noche y dormir bajo tejado.

De las escenas cómicas que aquí tuvieron lugar, así como de un verdadero caudal anecdótico que poseemos de los componentes de aquel imborrable Orfeón Cultura, nos ocuparemos en otra ocasión. Así, pues, interrumpimos nuestra narración haciendo constar nuestro arribo a Santander, de regreso de aquel accidentado concurso de orfeones, en posesión, no sólo del mencionado busto de Wagner, sino cargados, además, de sendos sacos de manzanas que los imponderables llaniscos tuvieron la atención de regalarnos. Es decir, no vinimos repletos de laureles, es cierto; pero sí provistos de algunas arrobas de la sabrosa fruta del país asturiano.

II

Refiriéndome al Orfeón Cultura, decíamos en nuestro artículo del pasado martes que la vida de tan querida e inolvidable Sociedad fue pródiga en anécdotas y episodios. Por entender nosotros que la narración de aquellos hechos merecen los honores de la publicidad, ya que, aparte del sentido de evocación que puedan tener para quienes integraron la mencionada entidad, han de hacer pasar agradablemente el rato a los lectores en general. Vamos a seguir enumerando hoy las escenas pintorescas más notables que retiene

nuestra memoria a través del tiempo transcurrido. Pero antes, a modo de aclaración, nos conviene hacer constar que si no logramos hacer amena esta descripción, acháquese únicamente a la falta de condiciones del modesto historiador encargado de ello, pero nunca a la singular gracia de estos sucedidos, tal como nosotros entendemos la jocosidad.

Con objeto de coordinar esta narración, empecemos mencionando cuáles fueron los orígenes del Orfeón Cultura. El año 1912 se fundó en la calle de Carbajal el primitivo Ateneo Popular. Entre los socios de aquella meritoria y simpática Sociedad, había un núcleo bastante numeroso de entusiastas al canto, lo cual determinó la formación de un coro denominado Grupo «Cultura». Por cierto que para clasificar las voces, y no disponiéndose de otros medios armónicos más adecuados, supliose esta falta con una guitarra, al sonido de cuyas cuerdas se hacía la escala de las siete notas de la gama musical.

De encauzar los primeros pasos de la reciente agrupación, encargose el ya fallecido Emilio Carral,⁵ aficionado en posesión, no sólo de un exquisito temperamento artístico y de una intuición musical verdaderamente extraordinaria, sino también de un copiosísimo lote de canciones, especialmente montañesas, género predilecto de aquel fino coleccionador de tonadas regionales e indiscutible propulsor de las entidades folklóricas.

La primera actuación pública de «Cultura» fue dedicada al entonces alcalde de Santander, D. Ángel Lloreda. Y tan agradecido y bien impresionado quedó este señor, que llevó su entusiasmo a un límite no practicado hasta entonces por ningún regidor del pueblo. Ante nuestra negativa a aceptarle un donativo en metálico, ordenó al día siguiente nos fuese extendido un permiso especial para que cantásemos en la calle, a

⁵ Emilio Carral Arce nació en Santander en 1869. De profesión relojero y anarquista de ideología, se dedicó también al periodismo, la poesía, la creación literaria y el drama social, como autor de la obra teatral *El ocaso de los odios* (estrenada en 1903) y de la novela de ambiente ruso *Tenkia*, además de dinamizar a la sociedad montañesa con la fundación de los Bomberos Voluntarios (1894), la participación en los inicios de la Escuela Laica, la edición del periódico anarquista *Adelante* (1902), la presidencia del primer Ateneo Popular creado en 1910 y su participación en la fundación del segundo en 1925. Fue el animador de la tertulia activa mantenida de carácter naturista y artístico en el cafetín denominado «La sana alegría», con la cual organizaban conciertos musicales en algunos puntos de la provincia y que, sin duda, constituyó un precedente para una de sus últimas obras: la creación en el año 1924 de los Coros Montañeses «El sabor de la tierra», entidad de la cual su primer presidente fue su hijo José Carral, componiendo letras para sus conciertos su otro hijo Emilio e interviniendo como tambor su hijo más joven, Nobel, además de actuar como cantante solista su nieta Violeta Carral. Su nieto Nobel Carral Larrauri asegura que muchas de las letras que cantaban los Coros Montañeses eran de su autoría; siendo poeta, cabe tal posibilidad todavía no documentada, aunque puede existir un error basado en la coincidencia en el nombre con su hijo Emilio, autor también de letras. José Arias Velasco, que residió algunos años en el Santander de la década de los sesenta, le ha adjudicado la paternidad de la letra de la canción popular «La Fuente de Cacho», añadiendo además que aunque en su letra se diga «luciendo la saya blanca y el pañueluco de seda», en la versión original figuraba «con la saya arremangada y el pañueluco de seda», aunque su nieto no puede corroborar esta paternidad, pero sí asegura que «una de las canciones más famosas de mi abuelo es la que dice: Hace tiempo en La Cavada se fundían los cañones, hoy por virtud del son se funden los corazones», que no deja de tener el trasfondo pacifista que siempre sostuvo Emilio Carral. Falleció en Santander en el año 1926.

cualquier hora del día o de la noche. Esta concesión, cuya vigencia no se determinaba, dio lugar a escenas muy pintorescas. Nos reuníamos unos cuantos amigos, salíamos por la noche, nos situábamos donde nos parecía y empezaban nuestras audiciones en la vía pública. Los guardias, al principio, pretendían interrumpir los coros, pero al presentarles el permiso del alcalde, los probos servidores del Municipio se deshacían en excusas justificando su llamada al orden. Después de pasado mucho tiempo, seguimos disfrutando el régimen de ciudadanos de excepción, no atreviéndose los representantes del orden a coartarnos aquella libertad, temerosos de la consabida «plancha» de las veces anteriores.

Rápidamente fue aumentando el número de orfeonistas, llegando a noventa el número de sus componentes. A la vista de aquel auge, se convino en dar una nueva estructuración al «Cultura». Se le ascendió de categoría, y en vez de «grupo» denominó-sele «Orfeón». Surgieron algunas discrepancias sobre la nueva orientación imprimida a la masa coral, las cuales determinaron la separación del «Cultura» del Ateneo Popular.

Bajo la dirección de don Celestino Peredo,⁶ comenzó su nueva fase la agrupación mencionada. El Ayuntamiento otorgó su permiso para que los ensayos tuviesen lugar en la Academia de Música. Este local fue escenario de las anécdotas más graciosas que vivimos en nuestra juventud. El lema de los componentes de aquella Sociedad era la camaradería y la fraternidad. El verbo enfadarse no se conjugó nunca entre nosotros. Todas las noches, antes o después del ensayo, se suscitaban con cualquier pretexto escenas que provocaban la hilaridad general.

Durante muchas noches fue motivo de la chacota de los orfeonistas un abrigo que usaba por entonces —el año 1914— nuestro querido amigo Felipe Trigos. Era una prenda de un género inverosímil; de una dureza idéntica a la del cemento armado. Se posaba en el suelo y quedaba en la posición de firmes. Cuando nuestro amigo se colocaba el abrigo para salir a la calle, recibíamos la sensación de ver una garita andando sola.

Recordamos también otra noche, un pugilato sobre quién saltaba más escaleras. Al llegarle el turno a nuestro camarada Andrés Cueto, y al impulsar su cuerpo en el espacio, se desprendieron de los pies unas enormes botas de una pieza. Al caer al suelo, en calcetines, tuvo la mala suerte de pisar en una piedra, causándole fuertes dolores. Como la carcajada fue épica, corría a gatas detrás de los que nos reíamos, con objeto de castigar nuestra inhumana actitud.

Un día nos tocó el turno a nosotros. No sabemos de qué manera se nos había posado un caracol en la espalda de un impermeable prehistórico que al efecto usábamos.

⁶ El profesor de música y compositor Celestino de Peredo Iribar (Santoña, 1883-Ontiyent, 1963) dirigió en 1913 el Orfeón Cultura, además de dirigir la agrupación artística «La mandolinística» (1915). Fue el autor del «Canto a la Montaña», además de alcalde de Medio Cudeyo en 1936-1937.

Huelga decir el alboroto que se armó cuando hicimos nuestra aparición en el salón de ensayos. Sin saber las causas mirábamos asombrados a los que se reían. Nuestra estupefacción fue mayúscula al ponernos sobre la mano el caracol que habíamos portado desde nuestro domicilio a la Academia de Música.⁷ A fuerza de cavilar, hemos llegado a la conclusión de que aquel animalejo se situó en nuestra prenda, sin duda, por la subida tonalidad verde de su color: había confundido nuestro impermeable con un repollo.

Por hoy, nada más. En sucesivos artículos continuaremos enumerando recuerdos de nuestro archivo.

III

Seguía el Orfeón Cultura su marcha ascensional. Fruto de este progreso fue su primera contrata para actuar en Santoña con motivo de sus renombradas fiestas de la Virgen del Puerto.

Pocos bautismos artísticos habrán estado más en carácter que el que nos ocupa. A las pocas horas de nuestro arribo a la villa santoñesa, se desencadenó una lluvia tan tremenda que llegamos a sospechar en la repetición del diluvio universal. Con este motivo, y a causa de habernos quedado aislados en las calles, se nos reveló el excelente bajo y gran amigo nuestro Manuel Rey como un intrépido salvador de náufragos. A costas de este camarada fuimos transportados a lugar conveniente la mayoría de los orfeonistas. ¡Por bastante menos que esto se han otorgado cruces de Beneficencia! Pero vive tranquilo, amigo Manolo: tu hazaña será premiada algún día como se merece.

En esta primera jornada del «Cultura» descolló, además, un hecho graciosísimo. Al llegar a Santoña, en una especie de pasacalles que habíamos de hacer, fingiose cojo nuestro estimado camarada Ramón Cubría. Como quiera que este aparente defecto físico había sido comentado por aquel simpático vecindario, aconsejamos al amigo Cubría que, con objeto de evitar fuese interpretada su fingida cojera falta de seriedad, persistiese en su papel hasta abandonar la villa. Fiel a estos requerimientos, cumplió su cometido celosamente. Tan habituados estábamos ya todos a verle caminar torciendo el pie, que llegamos a abrigar la duda

⁷ La Academia «Música y Declamación» fue una entidad privada creada en Santander a finales del año 1914 con el fin de representar obras del género lírico, Dirigida artísticamente por el tenor navarro Francisco Cumiá, y musicalmente por el maestro Mario Bretón, director de la Banda Municipal de Santander. Pese al éxito obtenido en sus dos actuaciones, la organización solamente se mantuvo durante un par de meses, al cesar Francisco Cumiá y manifestar la nueva directiva sus intenciones de transformar la sociedad en un también fugaz Conservatorio de Música y Declamación, con domicilio provisional en el número 2 de la Plaza Vieja, bajo la dirección musical de Mario Bretón.

de si era cojo o no. Se había compenetrado tan perfectamente de su misión que, queriéndonos dar una breve nueva muestra de la seguridad con que desempeñaba su papel, se puso a bailar a lo alto y a lo bajo, haciéndolo con más precisión, quizá, que un cojo auténtico.

Momentos antes de emprender nuestro regreso a Santander, estuvo a punto de estropearlo todo. Distráido, sin duda, se le olvidó que era cojo y empezó a andar normalmente. Percatados nosotros de su falta de memoria, sacamos un pañuelo, haciéndole señas. Rápidamente reanudó su marcha, adoptando el sistema circulatorio que había practicado con tanto éxito durante nuestra permanencia en Santoña.

* * *

Por dimisión de don Celestino Peredo, hízose cargo de la dirección del Orfeón Cultura, don Mariano Bretón,⁸ director a su vez de la Banda municipal. Puso en ensayo «El amanecer», de Eslava, obra muy superior a los escasos rudimentos musicales que poseíamos los componentes de aquella modestísima agrupación coral. Además, el señor Bretón carecía del debido temperamento para enseñar las obras a oído. Recordamos a este propósito que al llamar a ensayo a los segundos tenores, cuyas lecciones quedaban interrumpidas de un modo poco persuasivo a los pocos minutos de comenzadas, profería siempre esta exclamación: —¡Dios nos coja confesados!...

Resultado de todo esto fue que no pudimos salir de «El amanecer», y que al cerrarse un día de tinieblas, nos hallábamos huérfanos de batuta. Claro está que con la raquílica asignación señalada a los directores —cincuenta pesetas mensuales— no se podían exigir sacrificios a nadie.

* * *

Entretanto, sucedíanse en el salón de ensayos las escenas más pintorescas. Una noche se discutía entre un grupo de muchachos fuertes acerca de la resistencia para transportar objetos pesados. Nuestro estimado amigo Leoncio Camargo se comprometía a llevar el armonium de la Sociedad, sin hacer ninguna parada en el trayecto, desde la Academia de Música hasta el final de la segunda alameda. Como alguien pusiera en duda esta afirmación del amigo Camargo, se echó rápidamente el mueble sobre sus anchas espaldas, encaminándose como un valiente en dirección a la meta señalada. Y, efectivamente, cubrió el recorrido sin el menor contratiempo y como quien se limita a dar un paseo de recreo.

⁸ Se refiere al director Mario Bretón Matheu, quien nació en Madrid en 1880. Contratado por el Ayuntamiento de Santander, se presentó al público como director de la Banda Municipal el día 2 de diciembre de 1912, permaneciendo en la misma hasta presentar su dimisión en noviembre de 1919 como consecuencia de la indisciplina que existía en el seno de aquella.

Otra noche, nuestro fraternal amigo Ángel Gándara, cuya competencia para clasificar tornillos en una acreditada ferretería de la ciudad habíamos proclamado unánimemente, regresaba de un viaje por Asturias. Llegaba provisto de sendas colecciones de postales de los puntos que había visitado. Tan minuciosamente hacía la descripción de cuanto había visto, que hasta los más mínimos detalles eran objeto de un comentario apasionado. Llegaba, por ejemplo, un edificio y decía: «Aquí, en este saliente de la casa, compraba los periódicos de Santander». Surgía la vista de un paseo, y señalando a un banco determinado, agregaba: «Ahí mismo me limpiaron un día los zapatos». O bien esta otra objeción: «¿Veis esa calle? Pues siguiendo más adelante, a esta mano, vive un tío mío...».

De esta original manera continuaba incansable el relato de su viaje.

¡Cuántos comentarios hicimos también a propósito de un abrigo que usaba por aquellos tiempos el amigo Angelín! Dicha prenda hubo de desecharla definitivamente a causa de una mojadura. Se había contraído de tal manera el género, que las medidas de la hechura normal quedaron reducidas a la mitad. ¡Y qué diremos de aquel célebre pañolón de seda, que solamente salía del baúl dos veces al año, Nochebuena y Nochevieja, el cual, según él, contaba de vida la friolera de ciento cincuenta años!

Vamos a dejar por hoy esta narración, dando cuenta de otro sucedido. Terminados los ensayos, salíamos un grupo numerosísimo de amigos, encaminándonos a determinado establecimiento. Aquí, los amigos Campo y Cubría nos obsequiaban con unas audiciones de canto, imitando a la perfección los sonidos del gramófono. Más de una persona, ajenas a la reunión, llegaron a preguntar intrigados dónde ocultábamos el aparato. Estas preguntas tenían cierta justificación, porque era necesario fijarse mucho para percatarse de que los sonidos fuesen emitidos por los amigos de referencia.

IV

Decíamos en nuestro anterior artículo que don Mario Bretón había dejado la dirección del Orfeón Cultura, hallándonos en pleno «Amanecer»; es decir, cuando la armoniosa y complicada obra del maestro Eslava íbase sazonzando, y cuya promesa de lograr su dominio nos hacía percibir ya, recorridos por completo los cortinones del alba, los acordes melódicos que saludan al nuevo día. La dimisión del señor Bretón malogró, por lo tanto, nuestros románticos propósitos, dejándonos sumidos en la semioscuridad.

Reanudose, pues el calvario para dotar de maestro al orfeón. Estas gestiones, naturalmente, tropezaban con el inconveniente justificado de la exigua retribución asignada a

este fin. Hacerse cargo en estas condiciones de las riendas artísticas de aquella Sociedad, era tanto como poseer una vocación irresistible al sacrificio y, estar dotado, asimismo, de las virtudes que se precisan para figurar en el martirologio del Arte. ¿Quién, de otro modo, se comprometería por cincuenta pesetas mensuales a la ímproba e ingrata labor de educar musicalmente a sesenta, o setenta hombres?

Pues bien. A pesar de todas estas consideraciones, logramos hallar la víctima inmolada. El señor que se comprometió, tan económicamente a encauzar nuestros vacilantes pasos por la intrincada senda donde se combinan armoniosamente los sonidos, se llamaba D. Luis González, natural de Salamanca, empleado por entonces en una de las dependencias del Estado, violinista y tipógrafo de origen; esto es, antes de convertirse en burócrata, había ejercido la honrosa profesión de Gutenberg. Forjador, como el que suscribe, en el templo que difunde la cultura, quiso encadenar sus recuerdos a nosotros regalándonos un componedor, el cual guardamos cuidadosamente en el archivo gratísimo en que se coleccionan los trofeos.

Comenzó el señor González sus tareas con un entusiasmo inusitado. Fruto de su dinámica labor, fue que viésemos a los pocos meses considerablemente aumentado el repertorio de obras. Este señor nos reveló, además, una faceta interesante, cuyo éxito, como es natural, determinó esta actividad a que aludimos. Con objeto de estimular la asistencia a los ensayos, encargaba muchas noches sendos garrafones de vino, obsequiando a los orfeonistas. Estos «claretes de honor» arrastraban al domicilillo social, como un solo hombre, a la totalidad del núcleo. Claro es que el atractivo repercutía lamentablemente en el bolsillo del democrático director. Las cincuenta pesetas de paga sufrían mermas tan importantes, que hubo meses que no llegaron para satisfacer al que proveía el líquido de los garrafones. Pero el señor González pasaba muy buenos ratos oyendo a nuestros queridos amigos Eusebio Mediavilla (Botellín), cuya gracia inimitable y pintoresco vocabulario nos hacían prorrumpir a todos en fuertes carcajadas; Valentín Sampedro, que rivalizaba con Mediavilla en frases arbitrarias y gesticulaciones cómicas; Manuel Sánchez (Taranga), que hacía reverencias de rito ante los vasos colmados de mosto; en fin, con otros muchos camaradas que harían muy extensa esta enumeración.

No paró aquí la bondad de nuestro hombre. Enterado de que en el orfeón había un muchacho que compaginaba sus aficiones corales con el arte de Cúchares, le dijo que si quería ir a las tientas de Salamanca, él le recomendaría a unos familiares, amigos íntimos de un renombrado ganadero. Nuestro estimadísimo amigo José García (Pepitín), protagonista del sucedido que referimos, aceptó sin titubeos la proposición del señor González, emprendiendo a los pocos días su marcha al campo salmantino. Iba en posesión

de un entusiasmo tan cálido, que, a través de su fervoroso optimismo, creíamos hallarnos todos en presencia de un futuro astro de la tauromaquia.

Regresó nuestro amigo de las tientas. Según él, después de aquel eficaz entrenamiento hallábase en inmejorables condiciones para debutar en nuestro circo taurino. Aprovechóse la primer coyuntura, y, formando parte de la cuadrilla del fenecido «Lechuga», actuó en una novillada organizada al efecto. Huelga decir que los componentes de la entidad artística a que pertenecía el debutante asistimos en bloque a presenciar las proezas del orfeonista-torero. Al salir las cuadrillas entonamos una popular diana, a modo de canto alentador, con objeto de inyectar ánimos al amigo «Pepitín».

Pero, ¡ay!, nuestro desencanto fue mayúsculo al observar que el novel lidiador, a un extraño del novillejo, emprendía una fuga vertiginosa, y sin darse cuenta dónde se encontraba, arremetía furiosamente contra la barrera, dándose un «tortazo» tan tremendo en la región capilar, que quedó privado del conocimiento durante unos minutos. Lo raro del caso es que el novillo no se había movido de su sitio. El amigo García, naturalmente, desistió de su vocación taurina.

* * *

Conviene significar, ya que lo hemos omitido en anteriores artículos, que los componentes de aquel popular Orfeón Cultura no circunscribieron su radio de acción solamente a este aspecto jocoso, que hasta ahora hemos procurado destacar con más relieve, sino que hermanaban su sano humorismo —factor, por otro lado, predominante allí dónde la juventud impera— con actos de finalidades tan humanas y simpáticas, cuya enumeración la iremos detallando en sucesivos artículos, a fin de que nuestros lectores, singularmente los queridos amigos que con nosotros compartieron las Inolvidables jornadas orfeónicas, remocen y saboreen aquellos días felices en que la vida, libre de prejuicios, se nos mostraba sin ese rigorismo acentuado que acompaña implacable el péndulo del Tiempo, imperativo categórico que orienta en la actualidad nuestros actos.

V

En la época a que venimos refiriéndonos, años 1914-1915, puede decirse que el Orfeón Cultura estaba casi huérfano de protección económica. Si quitamos las aportaciones del respetable caballero don Julián Haro, cuya generosidad púsose de manifiesto cuantas veces acudimos a él en demanda de auxilio, el número de socios honorarios era limitadísimo y la cuantía de sus donativos muy modesta.

Ante esta penuria, los orfeonistas, siempre en disposición inmejorable al requerimiento de sus dirigentes, contribuían con veinticinco céntimos semanales, no sólo ya a sostener y fomentar la vida de la agrupación artística que cultivaba su afición favorita, sino también a colaborar en las normas y principios fraternales que imprimió en todo momento aquella escuela práctica de sociabilidad.

Hagamos aquí un inciso para poner de relieve la singular misión educadora de estas entidades. Para fijar más concretamente este aspecto educador, podríamos citar nombres propios que viniesen a robustecer nuestros puntos de vista. Es curioso observar cómo individuos de carácter esquivo y manifiesta actitud, poco acostumbrados a las prácticas de relación colectiva, se truecan por este contacto obligado en una cosa manejable y propicia a todo intento espiritual. Es decir, la expresión desenfadada y dura que a primera vista acusa la presencia de un hombre distanciado del ejercicio social, contrasta casi siempre con un fondo bondadoso e infantil que, encauzado ya en estas disciplinas, incorpora su modalidad al objetivo cuya trayectoria marca el rumbo de estas Sociedades, en su doble aspecto artístico y ciudadano.

* * *

Decíamos en líneas anteriores que una de las cosas fundamentales de aquel orfeón era la fraternidad. Por lo tanto, los hermanos de aquella comunidad artística velábamos unos por otros en todo momento. Si algún orfeonista, falto de trabajo o víctima de cualquier contratiempo precisaba apoyo económico, se organizaban funciones con objeto de reparar en lo posible la situación del camarada necesitado. Cuando alguno abandonaba temporalmente la Sociedad para incorporarse al Ejército o a la Armada, tampoco le faltaba esta ayuda económica a su partida de Santander. Además, periódicamente, se hacían colectas durante su permanencia en filas; asimismo, en fechas destacadas del año, enviábanse mensajes cariñosos a los amigos ausentes.

Tampoco rehusó el Orfeón Cultura su cooperación para auxiliar cualquier desgracia del pueblo. Acudía con igual desinterés al llamamiento de los encargados de prestar ayuda a entidades de carácter social o cultural.

En verano, trasladábase la masa coral al Sanatorio Marítimo de Pedrosa, obsequiando a los niños de las colonias con un apropiado programa musical y repartiendo bolsitas de dulces. ¡Aún conserva nuestra retina, como un eco inextinguible, las despedidas entusiásticas que nos hacían objeto aquellas criaturas agradecidas!

También teníamos un recuerdo, todos los primeros de año, para los reclusos de la prisión de Santander. Además de la consiguiente audición orfeónica, repartíamos tabaco a

los moradores del caserón sombrío. Estos conciertos, en aquel escenario patético, invadían nuestro espíritu de fuerte depresión moral, sumiéndonos en meditaciones pesimistas sobre el posible riesgo de ser huéspedes de aquella mansión antihumana, baldón denigrante de nuestro pueblo, cuyo destino debiera reservar solamente para delincuentes incursos en hechos tan depravados, que tuviesen su natural castigo en este local dramático.

Los asilados de la casa de Caridad disfrutaban igualmente de estos conciertos.

* * *

Era muy frecuente, cuando algún orfeonista abandonaba su estado solteril, acudir al domicilio de éste a darle la serenata.

Le tocó un día el turno a nuestro querido amigo Julio Perojo, zapatero de profesión en aquella época. Nuestro inolvidable camarada Pepe Torre, desaparecido ya del mundo de los vivos, y cuya memoria no se borrará jamás de nosotros, era el encargado de ofrendar, en un bien compuesto soneto, aquel acto de fraternal camaradería.

Se levantó Pepe Torre, leyendo entonadamente el mencionado soneto. Terminada su recitación, dijo el amigo fallecido que dispensase el homenajeado las deficiencias de la composición poética.

Levantose a su vez el amigo Perojo, diciendo sin inmutarse:

—Yo, queridos amigos, no puedo daros lectura de nada, porque la única composición que podía ofrecer os son unas medias suelas «compuestas» esta tarde...

La salida inesperada del amigo Julio fue muy celebrada por todos.

Y... hasta otro día.

VI

Las juntas generales que celebraba el Orfeón Cultura, ejercicio social donde se iniciaron camaradas nuestros que más tarde destacaron brillantemente en colectividades de carácter sindical, constituyen otro interesante aspecto de la agrupación artística que nos ocupa.

La elección de cargos directivos, cuyos nombramientos rechazaban la mayoría de los orfeonistas, daba lugar a escenas como la que vamos a reproducir. Se proponía en una ocasión para ocupar uno de estos cargos directivos a nuestro buen amigo Eusebio Mediavilla. Y éste, como si ello significase algún agravio personal, rechazó la propuesta en estos términos coléricos:

—¡Protesto indignado! Nombradme si queréis para llevar la caja de la bandera; pero de la Directiva, no.

En otra asamblea, al darse lectura al estado de cuentas por el secretario segundo, nuestro estimado amigo Santiago Pérez, debido quizá al natural azoramiento, confundió la abreviatura de la palabra ídem, por id. Es decir, él leía las partidas de gastos de la siguiente manera: id por una caja de plumas, 3 pesetas; id por la mensualidad del director, 50... En fin, de esta forma original iba y venía de un concepto a otro, en medio del regocijo de todos, hasta que el bueno de Santiago se dio cuenta de su error.

* * *

De una manera episódica, sin detenernos a destacar su personalidad, hacíamos alusión en el anterior artículo a nuestro inolvidable amigo Pepe Torre. Hoy, poniendo en ello el más cálido fervor, queremos trazar la semblanza póstuma de aquel entrañable camarada. En nuestro constante trato social, hemos tropezado con muy pocos hombres en quien se aunasen tan relevantes cualidades. Su educación intuitiva; su alteza de sentimientos; su exquisita sensibilidad artística; su concepto de la amistad, a la cual rendía verdadero culto; su don de gentes y su franca simpatía, contrastaban precisamente con su condición humilde y con el medio en que desenvolvía su vida, no muy propicia por cierto a la depuración espiritual de las gentes. Sin embargo, Pepe Torre dignificó en todo momento su profesión, elevándola y ennobleciéndola. Reunía, además, una virtud inapreciable, difícilísima de lograr: hacerse querer y respetar al mismo tiempo.

A su nada común cultura, unía un fuerte temperamento musical. Su oído privilegiado asimilaba fácilmente toda clase de cantos y trozos de música. Conocía las partes más salientes de óperas y zarzuelas. Su repertorio de cantos populares no tenía fin. Pero donde su afición llegaba a exaltaciones románticas era en las tonadas montañesas. Pepe Torre, siempre que sus quehaceres se lo permitían, se adentraba en la provincia, deleitando su espíritu al escuchar canciones de puro sabor regional. Todas las tonadas que nuestro querido amigo unía a su repertorio personal, tenían un sello inconfundible.

Como es natural, la práctica de este ejercicio constante llegó a investirle de cierta autoridad técnica en el folklore regional. Pepe Torre, a los primeros compases de cualquier canto montañés percibía en seguida la mixtificación de éste. O, por el contrario, aprobaba entusiasmado la pureza de otra tonada.

Cuando uno de estos cantos halagaba su fina sensibilidad, exclamaba frenético de gozo: «¡Esto es montañés de verdad! ¡Se percibe en el olor a... prao!».

De su innumerable repertorio recordamos especialmente una tonada montañesísima que cantaba Torre con mucha frecuencia. La daba una expresión tan acertada,

matizaba con tanta justeza la intención socarrona de la copla, que daba la sensación de estar escuchando a un aldeano. La letra de esta tonada es la siguiente:

*Por entrar en tu cuarto a deshora
y tener un ratucu de conversación,
los ceviles me «aprendieron»
como si fuera un ladrón.*

* * *

*Ponte la boina
con cintas verdis
y serás el más lindu poliducu macarelu
de Villaverdi.*

Ejemplos como éste podríamos citar muchos. Pero no es necesario. Nuestra intención queda reflejada en este botón de muestra.⁹

y VII

El Orfeón Cultura llevó a cabo gran número de excursiones artísticas por los pueblos de la provincia, el importe de cuyos viajes era costado por los mismos orfeonistas. Y no sólo se imponían este sacrificio pecuniario, sino que corría igualmente a cargo de todos el barrido de los locales donde se actuaba, la colocación de asientos, preparación del escenario, etcétera, etc., con objeto de restringir el presupuesto de gastos.

De estas expediciones, sobre todo, recordamos una de las efectuadas al pintoresco pueblo de Solares, donde los más varios contratiempos se confabularon sañudamente contra aquella agrupación coral y sus integrantes. Aparte de la lluvia, elemento aliado con el que había que contar de antemano, ya que casi todas estas excursiones fueron pasadas por agua, y cuya persistente coincidencia llegó, por cierto, a preocuparnos seriamente; aparte de la lluvia, repetimos, hubo de lucharse, en primer término, con la falta de concurrencia de público: y no es que en este empeño se dejaran de poner en práctica aquellas medidas de captación de espectadores. Pues, además de salir a la

⁹ «Envío.—A la viuda de Pepe Torre: a usted, fiel compañera de aquel amigo, ofrendo este humilde homenaje, en nombre de mis compañeros del Orfeón Cultura, como testimonio fiel del recuerdo imperecedero que guardamos a su inolvidable esposo» (nota de E. F. A.).

carretera del pueblo a hacer propaganda individual, se colocó en la taquilla del local donde había de actuarse, en forma visible, el dinero recaudado, no del producto de la venta de localidades, sino de la prestación hecha por los orfeonistas de sus cantidades disponibles, a fin de dar la sensación al que se acercaba de hallarse la sala rebosante de público. Pero todo en balde. La concurrencia fue tan reducida que los actuantes representábamos una fuerza numérica superior a la de los espectadores.

Ante aquel «lleno de vacío», las obras cantadas no fueron, ni mucho menos, un alarde de ejecución. Recordamos a este propósito que en uno de los pasajes más melódicos de «La Alborada», del maestro Veiga, los segundos tenores, quizá influenciados por el ambiente de «soledad», perdieron el ritmo, desentonando horriblemente. El director de la agrupación, don Luis González, creyendo sin duda que el concierto se celebraba en familia, se dirigió un tanto agresivo en dirección a los causantes del desaguisado y, batuta en ristre, inició un «viaje» al abdomen del primer segundo tenor que halló a su paso, provocando, como es consiguiente, la hilaridad general. Consecuencia de esto fue que las demás cuerdas se desarticulasen y que «La alborada», en vez de su poético significado de gorjeo matinal de aves, se convirtiese en algo tan desacorde que más bien parecía una olla de grillos.

Pero no pararon aquí nuestras desdichas. Como no alcanzásemos el último tren de Solares, hubimos de dirigirnos en «cross-country» a la estación de Orejo, dejando en el trayecto nuestro estimado amigo Pepe Pedraja el tacón de uno de sus zapatos...

* * *

Por dimisión de don Luis González, hízose cargo de la dirección del Orfeón Cultura el veterano maestro don Rafael Hornero. Desde aquel momento fue cuando puede decirse que la entidad artística que nos ocupa entró por los verdaderos cauces del arte. La primera labor que se impuso don Rafael fue la enseñanza del solfeo, el cual simultaneaba con la enseñanza de las mejores obras orfeónicas.

Hizo una nueva prueba de voces, trasegando de una a otra cuerda a cantantes cuya voz había evolucionado. Pero en esta labor depuradora ocurrió un hecho por demás original. Al entusiasta orfeonista y querido amigo nuestro Ricardo Silos, decano de aquella generación, cantante siempre en la cuerda de bajos, no sólo en el «Cultura», sino también en «La Sirena»¹⁰ y otras agrupaciones corales, le puso a primeros tenores.

¹⁰ El Orfeón «La Sirena» era una agrupación de composición popular que había sido fundada hacia 1875 por su primer director, el músico Fernando Garmendia. En su repertorio se encontraban el «Himno a Peral» y el «Himno a Velarde», ambos compuestos por su director.

El disgusto que produjo al señor Silos este cambio no tuvo límites. Su indignación fue tal, que dejó de pertenecer a la Sociedad.

Cuando se le preguntó por la Directiva el motivo de su baja, contestó encendido en cólera:

—¡Mientras viva, no perdonaré a don Rafael la herejía cometida conmigo! ¡A mí, que solamente hablando doy el «fa», mandarme a primeros tenores!... ¡No hay derecho!

* * *

Siguió el «Cultura» su ruta progresiva, actuando brillantemente en cuantos actos tomó parte. Ya dimos cuenta, fuera de este ciclo de artículos, del discreto papel que hizo en el concurso de orfeones celebrado en Oviedo el año 1917. Y como si aquel triunfo hubiese sido la meta de aspiraciones de los componentes de la tan repetida agrupación artística, empezó a languidecer su vida. Esta pronunciada decadencia determinó más tarde su muerte.

Los fondos sociales, así como el producto de la venta de enseres, fueron repartidos entre la Casa de Caridad, Hermanitos de los Pobres y Asilo «La Caridad».

Un grupo del fenecido «Cultura», cuya nostalgia orfeónica añoraban todos los días, fue el artífice, en unión de nuestro respetable don Manuel Muñiz, de la actual Coral santanderina. Por lo tanto, los elementos más entusiastas de aquel memorable Orfeón prosiguen laborando en la Coral por el engrandecimiento artístico de la Montaña.¹¹

* * *

Se han acercado a nosotros numerosos amigos para indicarnos la idea de reunirnos un domingo en fraternal comida, con objeto de vivir unas horas los que pertenecemos a la querida Sociedad. Por nuestra parte, nos parece excelente la iniciativa, la cual hacemos pública para conocimiento de todos. Se nombrará una Comisión, encargada de hacer las gestiones necesarias respecto al precio del cubierto del «agapito», fijación del día y demás detalles de organización.

Desde esta fecha se admiten adhesiones en la barbería de Federico Muñiz; Pedro Campo, en «La Tijera de Oro», y relojería de Isidoro Sierra.

¹¹ La Coral de Santander se creó en el mes de noviembre de 1922, bajo la dirección del maestro Arruga y la presidencia de Adolfo Wunsch, funcionando de manera muy activa hasta la guerra civil.

*Fiesta de arte. Al margen de un concierto*¹²

EULALIO FERRER ANDRÉS

OFRECIMOS en nuestro número de ayer ocuparnos del magnífico concierto celebrado el último domingo en el teatro Pereda por la laureada Coral santanderina.¹³ Pero antes de emitir nuestra modesta opinión sobre el mismo, y a modo de preámbulo de esta reseña, conviene poner de manifiesto la importancia y el prestigio logrados por esta entidad artística, cuyos méritos y reconocimiento de su valía no se han infiltrado debidamente en muchos sectores de nuestra ciudad. Puede decirse, sin que por ello se atisbe el menor asomo de pasión, que la idea acariciada por los entusiastas propulsores de esta Sociedad ha alcanzado los límites preconcebidos. Aquella aspiración casi quimérica de que Santander llegase a contar con una agrupación coral gemela a las que funcionan en Bilbao, San Sebastián, Barcelona, etcétera, ha plasmado en tangible realidad, constituyendo para los santanderinos el mejor exponente de su preparación musical y el más eficaz vehículo, fuera de nuestras fronteras provinciales, para expandir y prestigiar el verdadero concepto regionalista de los pueblos: su cultura y su espiritualidad.

Otro día, con más tiempo y espacio, dedicaremos un artículo comentando interesantes fases y aspectos de la vida artística de esta agrupación artística, orgullo de la Montaña.

Y ahora, hagamos un resumen sintético del concierto del pasado domingo. En la primera parte del programa fueron cantadas por primera vez cuatro obras, cuyo juicio es el siguiente: «Melodía irlandesa», de Manotte, es de una delicadeza de sonidos insuperables;

¹² Publicado en *La Región*, Santander, 27 de junio de 1933, p. 1.

¹³ Breve reseña de urgencia publicada en *La Región* bajo el título de «Fiesta de arte. El concierto de la Coral», el 26 de junio de 1933, p. 2, firmando con las siglas E. F.

su ejecución fue perfecta, matizándose los acordes soberbiamente y haciendo descollar la pureza técnica que imprimió su autor. «¡Ay, que muero de sed!», de F. Aparicio, cuya plasticidad y acoplamiento de voces encuadra perfectamente en el equilibrio y potencialidad de las cuerdas del coro, es una obra de tal justeza armónica, que emociona profundamente; el final, brusco e inesperado, pero lleno de sonoridades, es de efecto sorprendente. A nuestro modesto entender, y en su peculiar factura sonórica, tiene la Coral en esta obra su más apropiado marco de exhibición selecta, la cual habrá de proporcionarle frenéticas ovaciones. «Ave solitaria», canción bohemia del señor Sáez de Adana, es una preciosa y bien conjuntada composición, cuya variación de sonidos encarnan admirablemente en el tema que desarrolla el inteligente director de la Coral. «Cuando vienes del campo», de Irigaray, basada en una canción popular, es una obrita muy estimable y se escucha con suma complacencia.

Esta primera parte del programa fue aplaudida entusiásticamente, así como las notables tiples solistas, señoritas Méndez y Cotera.

La segunda parte del concierto fue dedicada como homenaje al notable compositor montañés, José L. Mediavilla, el cual al presentarse en el palco escénico y dirigir a la Coral, recibió una prolongada y cariñosa ovación.

Su obra, titulada «Suite montañesa», está compuesta de cuatro temas, basados en canciones populares. El poema musical, de fuerte y acusada emotividad regional, está armonizado con singular acierto y justeza, sobresaliendo por su grandeza de matices armónicos el motivo denominado «La campana voltea», el cual produjo en el público un férvido entusiasmo, hasta el extremo de ser repetido.

Tanto el señor Mediavilla, como los solistas y cuerpo coral, recibieron una verdadera tempestad de aplausos.

Cerrando el programa, y como homenaje al Padre Otaño, se cantaron cuatro composiciones de este genial músico, las cuales por ser conocidas del público, diremos únicamente que fueron ejecutadas con toda precisión y brillantez, salvando los numerosos escollos de su depurado tecnicismo, con verdadera vocación profesional.

Ante los insistentes y cálidos aplausos de la concurrencia, fue cantada «La molinera», del mismo autor, siendo igualmente ovacionada.

Enviamos nuestra cordial enhorabuena por el triunfo alcanzado el domingo, tanto al señor Sáez de Adana, piedra angular de esta agrupación artística, como a la totalidad de los valiosos y perseverantes elementos que componen el coro.

*Teatro Pereda. El concierto de la Coral*¹⁴

EULALIO FERRER ANDRÉS

SEGÚN habíamos venido anunciando, ayer, domingo, a las once y media de la mañana, tuvo lugar en el teatro Pereda el concierto que la Coral santanderina dedicaba en honor de sus socios protectores.

El popular coliseo ofrecía la acostumbrada animación que caracteriza siempre la celebración de estos amables festivales, viendo entre la numerosa concurrencia a queridos y antiguos amigos, todos excelentes aficionados al canto. Tienen, pues, para nosotros estos conciertos una doble e íntima finalidad: impregnar el espíritu en las fuentes del arte y convivir unos instantes con entrañables compañeros de la vieja guardia orfeonista, añorando los venturosos días de nuestro ejercicio activo en los cuadros de las Sociedades de este tipo artístico.

No es nuestro propósito reseñar minuciosamente las diferentes composiciones que integraban el programa del concierto ejecutado en el día de ayer. Nos lo impiden, en primer lugar, el haber emitido anteriormente nuestro modesto juicio sobre muchas de las obras que constituían aquél, y en segundo, por los agobios informativos que pesan hoy sobre este periódico, cuyo volumen de capacidad, por añadidura, imposibilita aún más la ocupación de mucho espacio. Por lo tanto, diremos sobriamente que el programa cantado el día de ayer, en su aspecto genérico, fue realizado magistralmente, poniéndose de relieve, una vez más, la suficiencia artística de nuestra laureada Coral, reafirmando el sólido prestigio que goza hoy en España, gracias al titánico esfuerzo de su inteligente director, Ramón Sáez de Adana, cuyos méritos profesionales han sido justamente reconocidos por los críticos más destacados de las localidades donde ha actuado nuestra primera entidad artística.

¹⁴ Publicado en *La Región*, Santander, 14 de mayo de 1934, p. 1.

Entre las obras cantadas ayer por la Coral, desconocidas para nosotros, figuró una del maestro Alegría, titulada «Peña Mellera», cuya grandiosidad de sonidos y acusado sabor montañés, nos emocionó hondamente. Posee esta composición pasajes de una emotividad tan auténticamente regional, que puede decirse sin ningún reparo que constituye una página viva de nuestro folklore costumbrista, toda vez que se aprecia en ella, de una manera inconfundible, el ambiente rural de la tierra. La obra mereció los honores de la repetición, desbordándose el entusiasmo del público, que premió con calurosas salvas de aplausos la magistral interpretación de la misma, superada, por cierto, en la repetición.

Este concierto fue radiado. El amigo Hipólito Álvarez, incansable, como siempre, en los detalles de organización.

Los solistas Antonio García y la señorita Méndez, insuperables.

Vaya para todos nuestra cordial felicitación, y que se repitan con alguna frecuencia estos simpáticos y educadores festivos.



Eulalio Ferrer Andrés
Foto cedida por Editorial Cantabria



La Coral Peña Labra representa hoy los principales intereses sociales de Eulalio Ferrer Andrés

Esta carpeta **EXORDIO** [7]
se terminó de imprimir
el día 31 de agosto de 2011
en Bedia Artes Gráficas, S. C.
de la ciudad de Santander



índice

Eulalio Ferrer Andrés y las masas corales de su tiempo . . .	1
JOSÉ RAMÓN SAIZ VIADERO	
Recuerdos orfeónicos y otros temas musicales	7
EULALIO FERRER ANDRÉS	
Edición, introducción y notas de J. R. SAIZ VIADERO	

**EX
OR
DIO** [7]

EDITA: Fernando de Vierna
Pasaje de Peña, 1
39008 Santander

IMPRIME: Bedia Artes Gráficas, S. C.
San Martín del Pino, 7
39011 Santander

Depósito legal: SA. 1.195—2003